



ORIGINAL de

CÉSAR MARTÍNEZ

La idea de realizar una escultura comestible surgió en mí a raíz de la lectura de “**La carta de Sagawa**”, escrita por el japonés **Jûrô Kara**. Escribe esta novela inspirado en la correspondencia que **Issei Sagawa** le envía desde la cárcel, después de haber matado por amor a una joven artista holandesa, devorando después partes de su cuerpo. Este acto de canibalismo moderno, ocurrido en París en 1981, escandalizó a la opinión pública mundial. Dos años más tarde **Sagawa** era declarado irresponsable por la justicia francesa.

Sin embargo, también tengo una deuda profunda con autores como **Apolinaire, el Marqués de Sade, y George Bataille**, que se refieren en algunos de sus textos a lo eróticamente apetitoso del cuerpo humano, a esa parte tragable y degustable de uno por los otros, de aquí y de allá y que no exentas de un humor crudo y macabro resultaban perversa**MENTE** necesarias.

Incluso, como referencia a la cultura popular, las sugerencias provocadas por los insólitos **panes de muerto**, y los “**banquetes macabros**” de **calaveras de azúcar**, durante la celebración del día de muertos en México, fueron también aspectos que me motivaron a la creación de este evento; sobre todo por esa contemplación del horror tan característica que tenemos todos los mexicanos y que heredamos, desde hace tiempo tanto de indios como de españoles. La muerte dulce, es el sabor de la vida, es el hambre de nuestra muerte viva.

La pintura del artista italiano **Giuseppe Arcimboldo** (1530-1593) resultó ser también una importante fuente de inspiración. Esos magníficos retratos-platillo, me hicieron pensar que por fin, podíamos saborear una obra no sólo a través de nuestras **pupilas visuales** sino también a través de nuestras **papilas gustativas**. Había llegado el momento de digerir entonces, un verdadero artístico platillo. Y así es cómo empecé, a partir de 1989, a realizar retratos comestibles: cabezas humanas de gelatina transparentes de diferentes sabores y colores, rellenas de frutas e iluminadas por abajo para aumentar su dramatismo. Aprovechando la amistad y el carisma de mis amigos realicé varios retratos suyos para devorarlos posteriormente durante mis performances o exposiciones.

En el inicio, la premisa y los referentes de la obra estaban dirigidos hacia las implicaciones de **el Consumo de las artes visuales y sus efectos**, (libro escrito por el Maestro Juan Acha †) y a la transformación que realiza el **Aparato Difestivo** sobre un concepto digerido de lo que uno puede pensar y/o hacer de una obra plástica. Digerir literalmente una obra, hacerla suya, degustarla y saborearla para que luego circule como una glucosa en el interior de nosotros mismos. Después podremos arrojarla cagando, viviendo el arte hasta ese momento preciso, y comprendiendo mejor la faena más rutinaria de nuestra existencia. Todo este realismo mágico consistente en quitarse un peso de encima y aligerar la carga de todos los días en un escenario que se vuelve testigo de este acto sub-

lime, resulta sarcásticamente perturbador.

Por cierto, las esculturas eran dietéticas y estaban “escultococinadas” con agua electropurificada, utilizando finos ingredientes, seleccionados no sólo por su frescura, sino también por su forma, color y sabor, elementos fundamentales para conceptualizar una composición artística.

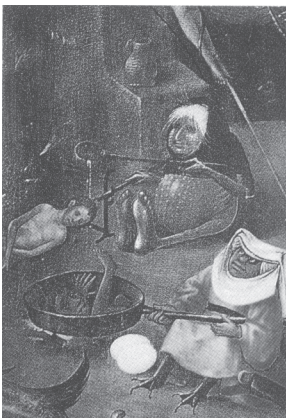
Fué hasta 1992, cuando al observar las ilustraciones realizadas por **Theodor De Bry** sobre el relato **Americae Pars Tertia** de Johanes Staden von Humber, (que narra como vivió cautivo de una tribu caníbal de Brasil), que el planteamiento original de mi **PerforMANcena** dió un giro conceptual.

El momento político de gran sinísmo que se vivía en nuestro país, la descarada amnesia histórica pretendida por la modernidad y la forma en que una época devora a otras, y su nuevo **Tratado de Libre Comercio**, proporcionaron al evento un nuevo contexto.

Aprovechando los ritos teofágicos de la comunión cristiana, y los sacrificios aztecas se conceptualizó y diseñó un discurso entre político y religioso que antecedió ahora, a un cuerpo humano entero comestible sabor durazno, color piel, y con **corazón de melón**. El existencialismo ranchero de algunos corridos mexicanos, y los declibes amorosos de los boleros de los 50, matizaron este discurso de presentación que antecedió al consumo del **cadaver de América GeLatina**, en esta era del **North América Cholesterol Free Trade Agreement** de este A -PRI-calipsis de fin de milenio:

“Tomad y comed, todos de él,  
porque este cuerpo es la deuda de la sangre,  
la sangre del cadaver,  
el cada ver de todos los días,  
el cada ver de todos los mexicanos.  
Sangre de la nueva alianza y etérea,  
que será derramada por el libre tránsito económico  
y por todos los gobernadores  
para el perdón de los pecados”

**CÉSAR MARTÍNEZ**



P.D. Durante los años de mi adolescencia, junto con un par de compañeros, solíamos escaparnos de nuestra escuela secundaria y escondernos en el estacionamiento de un gran centro comercial que estaba al lado. Atrás de los automóviles nos sentábamos a mirar revistas pornográficas y periódicos sensacionalistas sobre crímenes e insólitos disparates de aquel mundo moderno. Toda esta experiencia contribuyó como una educación no formal en nuestro crecimiento como individuos integrales. Robábamos de las tiendas no dulces, sino toda esta literatura fantástica que se nos negaba en la vida como un sarcasmo muy pedero, en la escuela conservadora donde estudiábamos. La huella más profunda que recuerdo fueron los tenebristas y macabros cómics que estaban basados en los asesinatos en serie cometidos por el Dr. Goyo Cárdenas. Este asesino múltiple, después de violar a sus víctimas solía descuartizarlas. En repetidas ocasiones, las cocinó y las preparó como deliciosos caldos

#### **El Bosco:**

detalle del Tríptico del Juicio Final,  
que se encuentra en la Acedemia de  
Viena.

\* Texto Publicado en el libro:  
**CORPUS DELECTI**  
PERFORMANCE ART OF THE AMERICAS  
Autor: **COCO FUSCO**  
Ed. Routledge



Serie de cobres que ilustra el canibalismo en la Americae Pars Tertia (1592), de Theodor de Bry. Ilustra el relato de Johannes Staden von Homber.